

## AC 12 81

Introducción a las humanidades, los apreciativos y la afectividad, guión número 4, autor Gloria Toranzo, fecha de emisión 25 de octubre del 82. Intentamos, a lo largo de este espacio radiofónico, distinguir los diversos matices que tienen los apreciativos en español. Tarea nada fácil, por dos razones.

Primera, por la inadecuación de la palabra y el pensamiento, y aún más, de la palabra y la afectividad. Segunda, por el desconocimiento radical que todo receptor tiene respecto a la intimidad del emisor, y viceversa. Primera dificultad, inadecuación de la palabra y el pensamiento, y de la palabra y la afectividad.

Para examinarla, esbozamos a continuación unos conceptos relacionados con la filosofía del lenguaje. Para decir algo a otros, tengo que habermelo dicho a mí mismo previamente, aunque se dé una casi simultaneidad entre la palabra interior, que se compone de imágenes verbales, y la palabra proferida, formada por palabras articuladas por la voz. Es esta palabra proferida la que en rigor llamamos lenguaje.

Pero nunca se da una total identificación entre la palabra interior y la palabra proferida, es decir, entre el pensamiento y el lenguaje. Cuando yo digo el caballito soñado, nunca encerraré del todo en este sintagma mi concepto de este caballito, y menos aún las connotaciones imaginativas, afectivas, evocadoras, etc., de ese mi caballito soñado. Pero además, para conocer un pensamiento en sí mismo, tendríamos que recurrir al primer momento de su gestación, es decir, acceder al punto en que un pensamiento determinado empieza a descender al lenguaje.

Ese punto en que pensar y hablar son la misma cosa. La imposibilidad de conocer el pensamiento en su origen se deriva de esta afirmación evidente. Lo que ocurre anteriormente a la comunicación no puede ser comunicado.

La dificultad aumenta cuando el pensamiento no ha sido totalmente formulado. Este es el caso más frecuente en la impropiedad de la expresión, cuando todavía se está buscando la idea. No es que se tenga la palabra en la punta de la lengua, como solemos decir, es que la idea aún no ha emergido de las profundidades del espíritu.

Como vemos, las dificultades van increciendo y llegan a su culmen si el concepto no hace referencia a un ser material, sino tan sutil, rico y proteico como puede ser el mundo de la afectividad. La profundidad de los sentimientos puede ser tal que impregna nuestro ser anímico. De ahí que los estados afectivos, y más aún los movimientos afectivos, sean tan difíciles de determinar o clasificar a través de la palabra exterior.

Hay que tener presente la misma definición de afectividad para comprender mejor tal disociación entre signo, significante y significado. Una definición bastante aceptable de afectividad sería Conjunto de los estados afectivos, de los sentimientos, de las emociones y de

las pasiones del individuo. Así define la afectividad Norberg-Sielami.

Segunda causa de la dificultad para el examen de los apreciativos. Desconocimiento que todo receptor tiene respecto a la intimidad del emisor. Todo ser humano lleva consigo una esfera intelectual, la vida afectiva y la vida activa.

Esferas que están íntimamente ligadas y son inseparables entre sí. Difícil es que yo, en cuanto emisor, sepa distinguir la valoración del diminutivo en el sintagma el caballito voló. Pero el problema es mayor si es que pretendo clasificar este diminutivo en el poema de Machado, Parábonas.

Leemos, por lo ilustrativo que puede ser para el alumno, un párrafo de El Fantasio, de Alfred Misé. Si pudiera yo salir de mi piel una hora o dos, si pudiera ser ese señor que pasa... Me parece difícil. Ese señor que pasa es encantador.

Mira, qué calzón de seda más bonito. Qué flores rojas más bellas en su chaleco. Los colgantes de su reloj golpean sobre su panza en oposición con los faldones de su levita que revolotean sobre su cuerpo.

Estoy seguro de que este hombre tiene en la cabeza mil ideas que me son absolutamente ajenas. Su esencia le es peculiar. Todo lo que los hombres se dicen entre sí se parece.

Las ideas que intercambian son casi siempre las mismas en todas sus conversaciones. Pero, en el interior de todas estas máquinas aisladas, qué repliegues, qué compartimientos secretos. Es todo un mundo lo que lleva cada uno en sí.

Un mundo ignorado que nace y muere en silencio. Qué soledades todos estos cuerpos humanos. Bien, pues a pesar de toda esta serie de obstáculos en la comunicación, intentamos, aunque sea de manera aproximada, exponer una posible clasificación de los riquísimos valores que en nuestra lengua tienen los apreciativos.

Nos servimos de esta denominación de apreciativos, acuñada por Lenz, para hacer referencia a unos elementos de gran interés en el habla de todos los tiempos. Me refiero a la denominación genérica de aumentativos, diminutivos, despectivos, etc., que tienen como finalidad dar a conocer al receptor, lector, oyente, los matices subjetivos del emisor, escritor, hablante. Los llamamos apreciativos porque, con formantes de este tipo, el emisor marca su afectividad como negativa o positiva.

Estos formantes se añaden principalmente a sustantivos y adjetivos, aunque también podemos encontrarlos en verbos y adverbios. Y así, principalmente en Latinoamérica, solemos oír o leer en autores modernos «Aún la veo envueltita en su rebozo». Así se lee en los heraldos negros de César Vallejo.

«Lejotes», «arribota», «cerquita» son otros tantos apreciativos que se añaden a adverbios y que son frecuentes en el habla coloquial de México, por ejemplo. Los formantes de los apreciativos

han servido a veces para formar nuevas palabras y así «pañuelo» procedente de «pañó». Es como si se tratase de derivadores.

De todas maneras, este fenómeno no es frecuente. Aunque estudiaremos en este tema los aumentativos, diminutivos, despectivos, voces de cariño, etc., haremos especial mención de los diminutivos y de su valor, que, como veremos, es muy variado. Incluso contradictorios con frecuencia, son desvalorativos y pueden llegar a indicar hostilidad.

Hagamos un poco de historia. En la Antigüedad se les consideró clases derivadas del nombre. Así, Donato enumera 27 clases de diminutivos y cuasi-diminutiva que tienen la forma, pero no el sentido de diminutivos, como *tabula*, *mácula*, *vínculum*... La gramática de Erfur los considera como adjetivos.

Elbrocense señala la existencia de diminutivos y aumentativos y ya observa la influencia del afecto en esta clase de palabras. Afirma que, aparte del aumento o disminución, interviene la ironía y, especialmente, los valores emotivos. La Real Academia considera a los diminutivos como nombres que disminuyen la significación de los nombres primitivos y advierte... Se usan por lo común para mostrar cariño.

Para Bello, los diminutivos, junto con la idea de pequeñez, indican cariño, compasión, burla... De todas formas, la riqueza de los apreciativos no puede negarse. De ahí el interés especial de estos para nuevas formaciones de palabras, porque son la parte más viva de la gramática. El estudio más interesante de los apreciativos se lo debemos a Amado Alonso, que tiene un capítulo interesantísimo editado en su obra *Estudios Lingüísticos*.

Temas españoles. Se titula, el citado capítulo, *Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos*. Significación originaria del diminutivo.

Acude Amado a la autoridad de Conrad y Brecht que aseguran, no, el diminutivo nada tiene que ver con lo grande o lo pequeño. No parece cierta, y nadie la defiende actualmente, la idea de que la primitiva significación del diminutivo fuera la empequeñecedora. Se decía que todo lo pequeño suele suscitar en nosotros una sensación de ternura, de necesidad de protección, o también de menosprecio y olvido.

De este sentimiento, el hablante habría hecho cambiar, insensiblemente, el significado del diminutivo que originariamente tendría un valor empequeñecedor, pero que luego sería signo de un afecto. No parece nada probable esta génesis. Ya el estudio del diminutivo en Plauto arroja el resultado de un valor múltiple, pero en ningún caso empequeñecedor.

El valor afectivo lo han tenido siempre. No queremos decir que se prescinda totalmente de la idea de tamaño, pero no es la principal. El germanista Ferdinand Brecht dice de los diminutivos alemanes.

No son por naturaleza palabras empequeñecedoras, sino que originalmente son individualidades destacadas. El diminutivo parece más bien contener un realce del concepto, un

deslindamiento del concepto con relación a la ocasión particular motivado en el afecto del hablante. Amado Alonso está de acuerdo en líneas generales con este criterio y afirma.

El diminutivo destaca su objeto en el plano primero de la conciencia, y esto se consigue no con la mera referencia lógica al objeto o a su valor, sino con la representación afectivo-imaginativa del objeto. Hay preponderancia de las representaciones de la fantasía, y como la fantasía sólo acude agudizadamente conjurada por la emoción, por el afecto y por la valoración del objeto, aquí convergen la interpretación del diminutivo originario como una individuación interesada del objeto y la que ve en él el signo de un afecto. En español, los sufijos de aumentativos son más variados que en otras lenguas románicas.

Es fácil el paso del aumentativo al despectivo. Se llama así a los vocablos formados con determinados sufijos que incluyen la idea de menosprecio. También ocurre al revés.

El lenguaje se vale de palabras despectivas para darles un valor apreciativo, ennobleciéndolas. En general, podemos asegurar que hay una gran gama de matices entre todos estos apreciativos, y así, por ejemplo, tienen significaciones muy variadas. Palabra, palabrita, palabreja, palabrota... Sobre todo, la significación varía de acuerdo con el contexto.

Seguimos en parte la clasificación de Amado Alonso. No suele aparecer con el diminutivo solo. En todo caso, la pequeñez suele expresarse por el hablante castellano con el adjetivo pequeño, pequeña, y el sustantivo en diminutivo.

Es decir, que se precisa de dos elementos morfológicos para expresar la idea disminuidora. Así, para hablar de una caja pequeña solemos decir Es el caso del párrafo descriptivo siguiente. En este diminutivo conceptual o nocional se incluyen no solo la referencia a objetos pequeños, sino también a los contrarios, a la significación del aumento.

Aunque en español no se da de una manera pura, sino que tiene a la vez un matiz ponderativo, de cortesía, etc. Se trata de los diminutivos que Amado Alonso califica de efusivos o afectivo-activos. Es el caso de que tiene una marcada intención de atenuar el mandato.

Pero también es verdad que significan respectivamente aunque en el contexto se registren otros matices. García de Diego advierte un valor ponderativo en este tipo de diminutivos, y así dice. En el grupo de deverbativos es donde se ve claramente que la ponderación de las acciones violentas da por resultado un aumentativo mientras que la ponderación de las cualidades o acciones de recogimiento producen un diminutivo Amado Alonso, más que una idea de aumento o de superlativo, ve en este tipo de formaciones la idea de énfasis del afecto y un realce de la representación.

Dentro de este diminutivo conceptual hay que considerar el que expresa desprecio y acción de rebajar el valor de la persona o cosa mentada. En ocasiones consigue el efecto contrario al diminutivo de cortesía. Rebaja al contrincante y llega a ser una postura de hostilidad.

Son de que vedo estos versos. Segundo valor del diminutivo Emocional Se trata de apreciativos

con una utilización marcadamente subjetiva. Lo nombrado no tiene interés.

Lo que importa es cómo nos afecta. Esta cualidad de afecto depende de la situación en la que se encuentra el hablante, el tratamiento del tema en cuestión, etc. Para determinarlo se hace necesario el contexto y en ocasiones el conocimiento del autor y de su obra.

Un mismo sufijo puede indicar amistad o enemistad, afectividad o insulto. Otras veces el juego de contrarios se logra con la alternancia diminutivo-aumentativo. Es el caso de este canto popular.

Se trata de una madre que le pide a San Cristóbal un novio para su hija y lo hace en estos términos. San Cristóbalito, manitas, patitas, carita de rosa, dame un novio pa' mi niña que la tengo, moza. El novio aparece, pero el resultado no es del agrado de la madre que increpa así al santo.

San Cristóbalón, manazas, patazas, cara de cuerno, como tienes la cara me diste el yerno. Algo muy semejante se encuentra en el cuento de No es verdad, de Manuel Abril. Y colorín, colorón, el cuento de Camastrol, roñica, ruin y bribón, y del listo pequeñín llegó por fin a su fin y se fueron a Quinchón.

Es emocional este diminutivo de cela en viaje al Pirineo de Lérida. Pero Betrán no tiene hechura de barrio ni de suburbio, sino que es un rústico pueblecillo que llega sin inmutarse demasiado desde la Edad Media. En el ejemplo que citamos a continuación, el autor, otra vez cela en la obra antes citada, insiste afectivamente en el gusto y lo agradable de la comida cuando dice... ¿Me trae unas olivitas, por favor? ¿Y un cuartillo de vino para ir abriendo boca? Al viajero le alarma empezar a hablar en diminutivo, pero en ciertos trances no puede evitarlo.

Tercera valoración del diminutivo. Diminutivos de frase. Spitzer, al hablar de esta clase de valor en el diminutivo, descubre en el usuario un cierto ánimo juguetón.

El hablante parece que se pone a jugar con las palabras. Dice literalmente... Y obsérvese que existe también una ternura para con el idioma. Un enamoramiento de la lengua que acaricia las palabras como si fueran personas.

Son diminutivos de frase estos ejemplos tomados de la obra poética de García Lorca. Mil arbolillos de sangre le cubren toda la espalda. Temblaban en los tejados farolillos de hojalata.

Frío, frío, como el agüita del río. Y también este ejemplo de Borges. Quiero la balaustrada mansa con las balaustraditas repartiéndose el cielo.

En solo 5 poemas de Jorge Luis Borges, pertenecientes a sus 3 primeros libros, aparecen una docena de diminutivos, casi todos de frase. Citamos, por último, en este tipo de diminutivos, el siguiente fragmento de Platero y yo de Juan Ramón. Entrando en la dehesa de los caballos, Platero ha empezado a cojear.

Me he echado al suelo. Pero, hombre, ¿qué te pasa? Platero ha dejado la mano derecha un poco levantada, mostrando la ranilla sin fuerza y sin peso, sin tocar casi con el casco la arena ardiente del camino. Con una solicitud mayor, sin duda, que la del viejo Darbón, su médico, le he doblado la mano y le he mirado la ranilla roja.

Una púa larga y verde de naranjo sano está clavada en ella como un redondo puñalillo de esmeralda. Estremecido del dolor de Platero, he tirado de la púa y me lo he llevado al pobre al arroyo de los lirios amarillos para que el agua corriente le lama con su larga lengua pura la erguidilla. En estos diminutivos de frase hay que distinguir los que obedecen a un determinado temple emocional del hablante, muy frecuentes en poesía y en cualquier clase de situación lírica, incluso en el lenguaje coloquial.

Y, por otra parte, los que presionan sobre el oyente para ganárselo y conseguir lo que se pretende. Suponen una corriente activa o emotiva hacia el interlocutor. Son procedimientos muy conocidos y estudiados en la función activa del lenguaje, semejantes, por ejemplo, al valor del dativo simpatético de «cuídamelo como si fuera tuyo», o expresiones semejantes con las que se logra una corriente emisor-receptor.

Cuarta valoración del diminutivo. Diminutivos referidos al interlocutor. Los diminutivos más claramente activos son los vocativos y puede darse una doble dirección, del emisor hacia el receptor, del emisor hacia el receptor y hacia el objeto nombrado.

Llevan una corriente intencional y se subdividen a su vez en... Primero, de cortesía. Sirven esencialmente para disminuir el tono de afirmaciones o alusiones que pudieran ser molestas o discordes con una determinada situación. El diminutivo canario «ahorita» tiene la función de disponer favorablemente al que espera, aunque le estén negando la evidencia, que la persona que promete llegar «ahorita» tarda mucho en aparecer.

Entre estos se incluyen los reproches entre familiares. Aseguran un clima afectuoso. Así, este fragmento de «El Jarama» de Sánchez Cerlóseo.

Fernando la miró y le decía tocándose la frente. Se trata de vocativos en diminutivos y otros tipos de diminutivos los que usan los Quintero en el fragmento que seleccionamos y que van lanzados a la búsqueda de ganarse a la protagonista. En este caso, Dolores.

Se trata, como se puede comprobar, de diminutivos con un valor activo y efusivo orientado hacia el oyente. Segundo tipo de diminutivos referidos al interlocutor. Efusivos.

Son como los emocionales, pero están dentro de los dirigidos al interlocutor. La acción y la emoción se ayudan. Hay solicitud y también demanda.

La acción y la emoción se ayudan para conseguir el fin que el hablante se propone. Recogemos, como ejemplo, estas muestras de García Lorca. Fragmento de «Bodas de sangre».

Fragmento de «Balada de un día de julio». Fragmento de «Balada de un día de julio». Mi

corazón desgrana como una fuente.

Por último, el quinto tipo de valor es el de los diminutivos estético-valorativos. Se vierten hacia el interlocutor y también hacia el objeto nombrado. Frecuentemente tienen un carácter lírico y presentan al oyente una representación imaginaria del objeto destacando su valor.

Hay ocasiones en que no basta lo puramente conceptual, el pensamiento lógico, y se hace necesaria la fantasía. Este diminutivo tiene bastante relación con el afectivo. En ambos casos hay un recurso a la fantasía.

Amado Alonso los distingue. Aunque la valoración y la emoción se hermanan, es de utilidad sistemática diferenciar ambos oficios. La fantasía tiene una función dinámica que es emoción y una conformadora, deslindadora y ordenadora que colabora con el intelecto aunque ella misma no es meramente intelectual.

Cuando predomina lo contemplativo y discernidor lo llamamos estético-valorativo. Veamos algún ejemplo de Antonio Machado. Tierra abajo Oh, enjauladitas hembras hispanas Desde que os ponen el traje largo Cuán agria espera Qué tedio amargo para vosotras Entre las rejas de las ventanas De estas morunas ciudades viejas De estas celosas urbes gitanas Parábola Era un niño que soñaba a un caballo de cartón.

Abrió los ojos el niño y el caballito no vio. Con un caballito blanco el niño volvió a soñar y por lacrim lo cogía. Ahora no te escaparás.

Apenas lo hubo cogido, el niño se despertó. Tenía el puño cerrado. El caballito voló.

Quedóse el niño muy serio pensando que no es verdad Cuando el niño se hizo viejo pensaba, todo es soñar el caballito soñado y el caballo de verdad. Y cuando vino la muerte el viejo a su corazón preguntaba ¿Tú eres sueño? ¿Quién sabe si despertó? El fuerte carácter representacional excita la fantasía y con este diminutivo se representa el objeto como existente Los apreciativos y la filología Como se ha ido viendo a lo largo de la explicación el diminutivo, el despectivo, los apreciativos en suma son unos datos más unos indicios para poder determinar al emisor y a la época a que pertenece La presencia o ausencia de apreciativos, la clase de estos su determinada utilización nos descubre en una época lógica o con riqueza emotiva un triunfo del canon o el predominio de lo espontáneo Son extremos ricos en diminutivos y matices apreciativos, la lírica y el lenguaje coloquial En medio hay una inmensa gama de culturas, de medios geográficos que pueden llegar a determinarse con la ayuda de este instrumento que hemos traído ante su atención Él tiene una fuerza evocadora capaz de ilustrarnos sobre las características sociales, profesionales temperamentales y en general sobre el marco cultural de un escritor de un hablante determinado